

EL AMIGO DEL POBRE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Con censura Eclesiástica

«Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros como yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

ELLAS Y ELLOS

Jesús de mi alma! Pensar que ya estamos en el mes de Octubre y que tengo que acarrear á toda mi gente para rezar el Rosario... Realmente es misión que corresponde al marido; pero ¡ca! no será malo que le rece él. Ahí viene; voy á ver... ¡Bernardínol...

—¿Qué hay?

—Digo que ahora que estás en casa podíamos rezar el Rosario.

—¡Uy! chica, ¡qué pocas ganas tengo!

—¡Hombre, por Dios! ¡Tú que siempre estás con la Religión en la boca y te cuesta rezar un Rosario! Tanto como lo recomendó León XIII y tantas indulgencias como se ganan... Anda, hijo, por tu pobre madre, que acaso esté en el purgatorio. ¿Quieres que llame á la muchacha y los niños?

—No me canses, mujer; ya entraré aunque sea en la parroquia cuando salga á dar una vuelta.

—¡Bah, evasivas! el caso es que lo recibamos en familia, y que los hijos vean tu buen ejemplo.

—Que no me gusta rezarle contigo porque ensartas una docena de *Padre nuestros* después de la Letanía. No parece sino que conoces á toda la gente de la Corte celestial.

—Pues ni uno solo rezaré por darte gusto.

—Qué, si parece que os dormís las mujeres rezando. Tardáis un siglo.

—No exageres, marido, que estoy firmemente persuadida que no tardo más de un cuarto de hora en rezar el Rosario. Di que no quieres y se acabó.

—No te enfades, mujer; no te enfades. Voy á darte otra razón para convencerte. (Bajando la voz). Ya sabes que el vecino de la izquierda es de la cáscara amarga y si oye ese *run run* del Rosario se va á reír de mí.

—Ya me temía yo que hubiese por ahí algún respeto humano. ¡No convertirás muchas almas! Por supuesto que yo tampoco. A lo menos á tí me parece que no te convierto...

—Mujer, yo no estoy en ese caso.

—Pues, chico, el que no reza está más cerca del infierno que del cielo.

—Ya rezo, mujer, ya rezo; no te apures.

—¿Cuándo?

—En Misa los domingos.

—Sí, sí, mucho, y la oyes de pie.

—Vaya, mujer; á otro: dame algo de merendar, que me estarán esperando los amigos...

—(Dios me dé paciencia). Merienda y vete con Dios; pero no vengas tarde.

—Hasta luego... No cierres, que sube esta señora.

—¡Ay, si es D.ª Gaspara!

—Hija, si; me vengo á pasar el rato con V., que ya las noches empiezan á ser largas. Con que, ¿cómo le va, Lucrecia?

—Vamos pasando.

—Parece que la encuentro á V. algo de sazónada?

—¡Ya lo creo! He estado con ese hombre media hora para que rezase el Rosario, y no lo he podido conseguir.

¡Hija mía! ¡Vaya una novedad!...

—Es más grave mi caso, pues llevo veinte años de matrimonio y nada he podido conseguir en ese asunto. Y eso que mi esposo se tiene por gran cristiano.

—Ya lo creo.

—La digo á V. que sí. Pues si está una en martirio constante con las teorías de estos hombres. Tenemos que confesar la fé á todas horas: unas veces porque parece que vacilan en ella, y otras venciendo su ignorancia y enseñándoles á cada paso las cosas más insignificantes, no sé si porque no las aprendieron ó porque las han olvidado.

—Nada, enseñe V. bien á sus hijos para que sean unos santos.

—¡Imposible! Sin el ejemplo de su padre no puede ser. Necesitaba ser una Santa Mónica, y no lo soy.

—Vaya que tiene V. pocos ánimos. No hay que desalentarse. Tampoco en mi casa se rezaba el Rosario, y ahora se reza y me parece que con fervor.

—Pues, ¿cómo lo ha hecho V.?

—Hija, machacando como V., primero en hierro frío, después en tibio, y más tarde eu caliente. Figúrese V. si estaría frío el corazón de mi Manolo, que apenas empezaba yo *Domine, labia mea aperies*; ya estaba él bostezando. La criada se dormía, los chiquillos enredaban, y yo de rodillas delante de aquella Virgen que me daba fuerzas para salir de aquel paso. ¡Cuántas veces tuve que hacerme violencia para no reirme! Pero al fin triunfó la gracia.

—Bien dice V. que la gracia. Esa es la que tiene que obrar en mi casa.

—Y obrará si V. persevera en sus trabajos de catequista.

—¡Dios lo quiera!

—Sí, señora. Más difícil le era á doña Genoveva en la granja, y sin embargo consiguió que marido, hijos y colonos rezasen el Rosario no en el mes de Octubre, sino todo el año.

—Yo creo que es más fácil convencer á esa gente sencilla, que no á estos que presumen de sabios porque leen cuatro periodieuchos.

—Sí, Lucrecia, le costó su trabajo vencer tantas dificultades. La decían que no tenían tiempo, y ella se lo proporcionaba; que estaban cansados del trabajo, y ella cuando iban desde la era hasta casa tomaba el rosario en sus manos, y poniéndose al frente de todos le rezaba en voz alta aunque refunfuñasen más de cuatro. Y ahora en cuanto llega el tiempo de la sementera, apenas anochece, van ellos mismos á su casa á rezarle y lo dirige su marido.

—Así está ella de satisfecha.

—Y es para estarlo, querida.

—A estos hombres se les ha metido en la cabeza que el Rosario es cosa de viejas, y tenía que venir un aragonés á sacárselo con un clavo. ¡Luego quieren regenerar el mundo! Tienen que empezar por regenerarse

ellos mismos aborreciendo los vicios. Creen que el Rosario no tiene importancia. El Rosario la tiene y grande. Como que con su práctica logró Santo Domingo la conversión de los obstinados, según he leído en su vida.

—Tiene V. razón que le sobra, y mientras los hombres no sean buenos cristianos, como lo suelen ser los que rezan el Rosario al frente de la familia, no serán buenos ciudadanos ni buenos administradores, ni gobernarán bien los pueblos, ni serán buenos políticos.

—Eso no se lo puede V. decir á ellos, D.ª Gaspara, porque creen que las mujeres no entendemos y aborrecemos la política.

—¿Cómo la mujer católica ha de aborrecer la buena política? Si el Espíritu Santo ha dicho que el marido de la mujer buena será señalado cuando se asentare con los gobernadores del pueblo? Ahora, si se refieren á la política de estos tiempos, que parece un sainete malo, yo la detesto. Vaya, amiga mía, me voy. Mucho ánimo y á trabajar...

—Bien, doña Gaspara, recuerdos á don Honorio. A ver si consigo reunir á los chicos antes que les domine la pereza. Nunca se me olvidará el adagio de mi madre: *En la casa donde se reza el Rosario, no faltará lo necesario.*

S. Z.

LO QUE PUEDE EL EJEMPLO

Á J. S.

¿Pregúntasme, querido amigo, si recuerdo cuándo y por qué empezó á rezarse el Rosario en mi casa?

Lo recuerdo perfectamente. Estábamos en Madrid; cierto día que mis padres y yo (niño aun) fuimos á visitar en su casa á unos amigos, al salir estos á recibirnos nos dijeron; ¿Quereis dispensar un momento mientras concluimos de rezar el Rosario?—Con mucho gusto, contestó mi padre, y mientras aquella familia seguía muy devota en sus rezos, nosotros escuchábamos con religioso silencio.

Al ausentarnos de aquella morada donde acababan de darnos un hermoso ejemplo de amor á María, dijo mi padre á mi madre:—Sabes que no ha dejado de extrañarme el que mi amigo Cambor rece el rosario con su familia, porque no es de los que se significan en estas cosas.—Ya ves tú, replicó mi madre, que era profundamente religiosa, cómo el que mas y el que menos ora y pide aunque no se atreva á decirlo en público por el *qué dirán*.—¿No te pare-

ce, siguió mi padre, que debemos de rezarle nosotros también?—Y desde hoy mismo.

Así empezó en mi casa, hace de esto 25 años, esa encantadora y saludable devoción del Santísimo Rosario.

¡Virgen Maria, ya tú habrás recompensado en el Cielo á mis buenos padres esta piadosa costumbre que supieron infundirme y que es el amparo y la alegría de mi hogar!

J. O. F.

SERMÓN PERDIDO

—No estoy por ese sistema de represión y aislamiento de la juventud; espíritu jesuitico y estrecho que en todas partes encuentra el espantajo del riesgo; el mío es más tolerante, más liberal, más abierto. Quiero que mis hijos vean por fuera el mundo y por dentro y que prueben por sí mismos lo que es malo y lo que es bueno; que se acostumbren á todo y así, con conocimiento del mal y del bien, un día escogerán sin remedio el bien.

—¡Bravo, caro amigo! ¡Muy bien! ¡valiente argumento! para que se críen fuertes tus hijos y no haya miedo que con el fuego se quemem, acostumbrados al fuego, en la llama de una vela haz que pongan hoy un dedo; mañana podrán meter las manos en un brasero hecho ascuas y así más tarde se revolcarán sin miedo en algún horno encendido ó en alguna hoguera ardiendo.

—¡Qué atrocidad! ¡no es lo mismo! —Qué nó?... ¡yaya!... ¡si por cierto! ¿No es para el alma del hombre lo sucio y lo deshonesto lo mismo y peor cien veces que para la carne el fuego? ¿Acaso tan fácilmente se ataja pronto el incendio de la pasión cuando prende en el alma!... y nó está lleno hoy el mundo de incentivos, capaces de prender fuego al corazón más helado?

—Para eso vendrá el remedio después; las buenas lecturas... la reflexión... los consejos sanos...

—Cuando llegue esa agua á tus hijos, no hará efecto.

—¿Por qué?... —Por tener entonces quemados hasta los huesos.

—¿Quieres decir?... — Que estarán ya acostumbrados al fuego.

LUIS RAM DE VIU, Barón de Hervés

CHARLA

—Ya se que el otro día estuviste en Oviedo á oír al P. Vicent.

—Exclusivamente á oírle nó, porque yo no puedo permitirme esos lujos, pero tenía que ir á la capital á otros asuntos y aproveché la ocasión.

—¿Y qué tal?

—¡Contra!... Aquello es interesarse de verdad por los obreros, aquello es dar soluciones prácticas para nuestro bienestar, aquello es conocer lo que se trae entre manos, aquello es la verdad, la realidad, lo demás es palabrería y barullo. Yo tengo ido aquí á muchos mitines donde se decía que iba á tratarse del mejoramiento de nuestra clase y de lo único que se trataba era de barbarizar contra la religión y los curas y los flaires, de todo se charlaba menos de lo importante... ah, sí, se nos recomendaba mucho las sociedades de resistencia... ¡yalo creo!, para largarse después con los fondos esos tunos que viven á costa de nuestra credulidad.

—¿Con que notas el contraste, eh? ¿Con que ves claro la diferencia entre apóstoles y apóstoles? Me alegro que te convenzas por tus propios ojos, tú que aún tienes simpatías por ese socialismo malentendido. ¿Quién puede presentar instituciones benéficas como las que tiene la Iglesia en vuestro favor? ¿Acaso el socialismo os ha proporcionado nunca algo bueno? En cambio tan ciegos, estáis más de cuatro veces que llamais á la Iglesia explotadora y al socialismo salvador vuestro.

—Es que nos engañan, D. Juan, es que nos engañan.

—¿No teneis ojos para ver?

—Oiga, creo que también en Mieres habló el P. Vicent, ¿qué sabio es! á mas de 2.000 obreros socialistas, sin que ni uno solo se atreviera á contradecirle.

—Eso dicen los periódicos. Hubo si objeciones de algunos obreros, pero nada en sustancia; ello fué que terminada la conferencia el P. Vicent invitó á los presentes á tomar la palabra en contra de lo expuesto y nadie contestó, ¡Qué lástima que no hayamos podido oírle en Gijón. Y á propósito de conferencias del P. Vicent con obreros socialistas y anarquistas, escucha esto que nos cuenta El Correo Catalán:

«En uno de los barrios más anarquistas de Barcelona quiso hablar á los obreros el P. Vicent, de la Compañía de Jesús.

—Les hablaré en la iglesia—le dijo al párroco.—La iglesia es la casa de todos.

Se le dijo que no irían, ó que de ir, iría con ellos el escándalo si no otra cosa peor.

—No importa — contestó. — Que anuncien que quiero hablarles de lo que les interesa. Lo demás dejémoslo en las manos de Dios.

Fueron: el templo casi se llenó de obreros de todas las cataduras, no todos seguramente anarquistas, pero en su mayor número sin duda. El P. Vicent estaba rebosante de gozo, y aquel día pediría á Dios con toda su alma que diera eficacia á su palabra.

Cuando subió al púlpito, el templo estaba lleno de sombras, casi en la oscuridad, y veía abajo á la multitud de pié, moviéndose impaciente y las cabezas en alto, y sobre él todas las miradas, pero todos comedidos y silenciosos.

El P. Vicent comenzó á hablarles así:

—Traigo aquí, debajo del manteo, un martillo, y ese martillo es para romperos el cráneo.»

El auditorio se removió un poco, se inclinaron las cabezas murmurando, pero pronto se hizo otra vez el silencio. Sin duda no temían golpes de aquel buen anciano en cuyo semblante debían sorprender entonces más simpatía apacible que ira agresiva.

El P. Vicent buscó algo debajo de su negro manteo y lo mostró á sus oyentes. Era una flor.

Les habló de la flor con la amenidad que él suele dar á sus palabras, con la competencia de quien es como él un biólogo experimentado: la vida de aquella flor le dió pretexto para explicarles el conocido argumento biológico de la existencia de Dios, después de lo cual les dijo:

«¿Veis cómo hay Dios? En nombre de la ciencia os lo niegan vuestros maestros; pues mirad cómo la ciencia los desmiente, y prueba que hay un Dios, que ve y premiará y castigará lo que haceis vosotros y lo que hago yo, lo que penséis en las soledades de vuestros rencores y lo que pienso yo en las mías. Ve también con un amor infinito las tristezas de vuestra vida y las malas artes con que os engañan.»

Luego cambiando de tono les dijo:

«Haceos cuenta de que estais en el salón de vuestra sociedad, y yo os autorizo y os ruego que si teneis algo que contestar á estos argumentos míos, lo hagais.» Todos se callaron.

Les probó en el mismo tono llano y persuasivo la existencia del alma, y de nuevo volvió á rogarles que si tenían algún reparo ó duda que exponer, lo expusieran libremente. El mismo silencio.

«¡Pero qué tontos sois! les dijo paternalmente: creiais como artículo de fé, porque os lo decía un hombre, una cosa que tan inconscientemente llevais en vuestras almas. Os engañan, hijos míos, esos periódicos y esos predicadores de vuestros meetings. Y así como abusan de vuestra buena fé cuando os dicen que no hay Dios y que no tenemos alma, os engañan igualmente cuando os llevan por la

senda extraviada y maldita de vuestros anarquismos.

Y les habló entonces de lo que era la vida y de lo que era la pobreza y la fortuna, de la propiedad y de la ley del amor, de sus deberes ineludibles y de sus derechos legítimos y de los medios de reconquistarlos sin necesidad de acudir al crimen y de enroscar al corazón las víboras de la desesperación y del odio.

Al terminar, muchos de aquellos hombres entraron a saludarle en la sacristía. Se les había hecho simpático aquel viejecito que nada tenía que ver con ellos, y que, sin embargo, con tanta afectuosidad les hablaba y tan hondamente se preocupaba por su bien.

—También usted es algo anarquista —le dijo uno de ellos.

El P. Vicent se sonrió: aquella exclamación del obrero venía a confirmarle una vez más que hacemos nosotros no educando al obrero, dejándole en su ignorancia, más anarquistas que todos sus propagandistas juntos.

Para aquel obrero, todo lo que no era transigir con el egoísmo del patrono era anarquía.

—Nada, nada, que es lo que yo digo; si muchas veces disparatamos contra la Religión y los curas es porque no conocemos ni la una ni los otros.

UN PROBLEMA

Dos católicos se casan civilmente; según la Circular de Romanones el casamiento es válido y legal, pero, hé ahí que al cabo de más ó menos tiempo uno de los esposos quiere casarse por la Iglesia y con otra persona.

La Iglesia lo aceptará, porque el primer casamiento ante Dios es nulo, pero, ¿qué hará la ley en este caso? Si lo acepta, sus matrimonios ni son chicha, ni limoná, puesto que se disuelven por la voluntad de una sola parte; si no lo acepta, pone el dogal al cuello a la libertad religiosa de los conyuges á quienes lanzará á los infiernos por necesidad legal.

UTILIDADES MEDICINALES DE LA VIÑA

La uva, cuando está en su completa madurez, es conveniente á las personas atacadas de inflamación, como la gastritis, etc., pues el mosto es un laxante. Las pepitas de la uva trituradas disfrutan de una reputación popular contra la disenteria y los vómitos de sangre. Las cenizas de las cepas son diuréticas. Las hojas secadas á la sombra y después convertidas en polvo, es un remedio radical contra las hemorragias rebeldes. El jugo de los sarmientos es bueno para la inflamación de los ojos. Las uvas secas son pectorales, y de una gran utilidad para las afecciones del pecho.

El vino negro es un fortificante precioso, el blanco un aperitivo y reconstituyente. El vinagre producido por la fermentación del vino, se administra interiormente en

pequeñas dosis como refrescante, y exteriormente para baños de pies, quemaduras ligeras y en gargarismo, contra el mal de garganta.

LOS VAN CONOCIENDO

En un mitin importante, celebrado en Madrid, en el teatro Barbieri, por los obreros que trabajan en hierro, dijo uno de los oradores, aludiendo á los jefes socialistas, eternos engañadores de la honrada clase del trabajo:

«Esto no podemos tolerarlo. Que mangoneen en sus respectivas cajas de resistencia, que manden y ordenen á los obreros inconscientes que les siguen porque no comprenden quiénes son esos jefes que no tienen más misión que la de perturbar á la honrada clase trabajadora.

Ya habeis visto —siguió diciendo— lo que han hecho con nosotros. Fuimos á la huelga, no con caracter socialista ni para propagar la concejalía de ningún pedante que vive sin trabajar mientras nosotros sudamos, y entonces, cuando nos vieron en ella, nos abandonaron.

CUESTIÓN CANDENTE

—Ahora sí que va de veras, D. Filoteo. Ya habrá leído usted en los periódicos, que se trata de atar corto á la Iglesia, para que no se meta, como hasta ahora, en las cosas que en España pertenecen sólo al poder civil. Que se meta el Papa en las cosas del Vaticano, que lo demás á él ni le va ni le viene. Por algo se dice que cada gallo no puede cantar más que en su gallinero.

—Eso digo yo también, y por lo mismo no me explico porqué razón los gallos de los ministros han de querer cantar en gallineros que no son suyos. Pero dejemos la cuestión de los gallineros, y vamos á lo que más nos interesa. Aquí, en España, ¿en qué cosas se mete la Iglesia? Y esas cosas, ¿son de su competencia ó no lo son? Esta es la cuestión, Teóforo. O para hablar con más claridad, ¿qué cosas son esas que pertenecen sólo al poder civil, y la Iglesia sobre ellas ha hecho, hace y deshace á su gusto usurpando al poder civil lo que es suyo? Y no me vengas como siempre con aquello de así lo dicen Canalejas y Romanones. Dime en qué se ha propasado la Iglesia, y en paz.

—Pues yo se lo diré á usted. Ya sabe usted que el Papa se opone á que el gobierno legisle sobre el matrimonio y los cementerios; y lo mismo que el Papa hacen, ó quieren hacer los Obispos, oponiéndose al gobierno, y eso es intolerable.

—Y hacen muy bien en eso. Aquí quieren que pase lo que en ninguna parte puede pasar. Va el gobierno á dar un decreto, ó un ministro expide una real orden, ó á las Cortes se presenta un proyecto de ley, y se reconoce el derecho á combatir ese decreto, ó esa real orden, ó ese proyecto de ley á los partidos de oposición, á los republicanos, á los socialistas, á los periódicos, y aun á los particulares que se creen agraviados en sus correspondientes derechos. Se celebran mitines y aun manifestaciones en la vía pública, y nadie ve con malos ojos esa posición, esos mitines y esas manifestaciones. Pero se trata de las cosas de la Iglesia, se trata de un caso en que el gobierno quiere ejercer una jurisdicción

que no le pertenece, y por que reclaman el Papa y los Obispos, salís por ahí diciendo que la iglesia se mete en las cosas que pertenecen sólo al poder civil. Aun se quiere despojar á la Iglesia del derecho de reclamar lo que es suyo y muy suyo. ¡Y esto por los que se llaman liberales, y amantes de la libertad! Mayor despotismo no se ha visto nunca. Pedir más descaro y mayor tiranía sería avaricia.

—Pero D. Filoteo, no me negará usted que el gobierno puede legislar sobre el matrimonio y sobre los cementerios.

—¿Pues no te lo he de negar? El pueblo español es católico, y para los católicos el matrimonio es un sacramento, y sobre los sacramentos no tiene la autoridad civil atribuciones de ninguna clase. Podrán los gobiernos legislar sobre los efectos civiles del contrato matrimonial; pero en lo demás sería meterse en camisa de once varas. El matrimonio, como sacramento que es, tiene el carácter de cosa sagrada, y las cosas sagradas pertenecen por derecho natural y divino á la autoridad eclesiástica. Y así como las cosas del orden civil pertenecen á la autoridad civil, las cosas sagradas no pertenecen á nadie mas que á la autoridad divina, y acerca de ellas no pueden intervenir sino los que han recibido de Dios una autoridad sobrenatural. Y lo mismo puede decirse de los cementerios. Estos son lugares sagrados que la Iglesia ha destinado para que descansen los cuerpos de los que mueren dentro de la fé católica. ¿Con qué razón pueden los gobiernos quitarles este carácter? El cuerpo muerto del creyente es una cosa sagrada, y tiene derecho á reposar en un lugar sagrado. El cementerio es una prolongación de la Parroquia, y á ésta pertenecemos los católicos en cuerpo y alma mientras vivimos; pero después de muertos la Iglesia no nos arroja de su seno, sino que á nuestro cuerpo muerto le destina ese lugar sagrado, para que así como cuando vivíamos éramos miembros de nuestra casa materna que es la Parroquia, sigamos siéndolo también después de dejar esta vida. Ya ves, Teóforo; lo que quiere el gobierno es secularizar, quitar al matrimonio cristiano y al cementerio su carácter sagrado, y esto no puede hacerlo, sin inferir un gravísimo ultraje á los sentimientos y á la conciencia de un pueblo que, como el español, es católico, y como católico tiene derecho á que los gobiernos no profanen lo que él ama y estima como se aman y estiman las cosas sagradas. Y es mucha frescura la de estos gobiernos que se llaman liberales. Todos dicen que son muy amantes del pueblo, y que por defender los derechos del pueblo están dispuestos á cualquier sacrificio; y luego se trata de los derechos que tiene el pueblo español como católico y entonces no tienen reparo en pisotearlos. Y luego, á renglón seguido, ¡viva la libertad, y la democracia! Yo me explicaría, Teóforo, que en una nación que, como España, es católica, los gobiernos se tomasen interés, para que las sectas enemigas del catolicismo no ofendiesen ni perjudicasen en lo más mínimo los sentimientos católicos de los ciudadanos. En este caso el gobierno se pondría á la altura que le correspondía. Pero lo que nadie puede explicarse es que el gobierno diga que es católico, y que rige y gobierna á una nación católica, y luego por complacer á cuatro descamisados que viven, ó quieren vivir sin Dios y sin conciencia, quiera ultrajar los sentimientos católicos, de todos los españoles. Gobiernos que así proceden, son acreedores á que se les considere enemigos de la patria.

Filoteo.

EFFECTOS DE LA SUGESTIÓN

«La Dinastía», de Cádiz, en su número de 19 del pasado, publica la siguiente espantosa noticia:

«Ayer tarde intentó poner fin á su vida un individuo llamado José Muñoz, de 32 años, soltero, de oficio sillerero, con domicilio en la calle de San Juan, número 36.

«Parece que el individuo de referencia había bebido algo por la mañana, y que al llegar á su casa iba un tanto embriagado.

Ya en su domicilio, cogió para leerlo un número de «Los Sucesos» en el que se veía un grabado representando un ahorcado.

El José Muñoz, no bien hubo visto la escena representada, soltó el periódico encima de una mesa, y asiéndose de un cordel, se lo amarró al cuello, empezando á tirar de los cabos con toda su fuerza, teniendo ante su vista el grabado aludido....»

La precedente noticia demuestra hasta dónde alcanzan los efectos de la prensa que explota el crimen y en cierto modo lo ensalza por medio del grabado.

Cuanto se haga para combatir esta clase de publicaciones, que ni tienen siquiera la excusa de la amenidad, redundará en provecho de las clases poco ilustradas, donde tal prensa tiene su público.»

LO DEL CONCORDATO

«La Correspondencia de España» ya veis, amables lectores, que no cito ningún periódico clerical, dijo no hace mucho á propósito de convenios con el Vaticano lo que vais á saber:

«Los que se apellidan liberales, demócratas, republicanos; cuantos creen que la humanidad progresa solamente cuando se puede gritar «Abajo los frailes» con música del Himno de Riego, andan otra vez atareados con eso de la discusión del Convenio con el Vaticano referente á las Asociaciones religiosas.

¡De nuevo surge el tópico! ¡Por milésima vez se toca á rebato, congregando á las multitudes en torno del pendón populachero!

Esos señores que callan como muertos ante los graves problemas que afectan á la vida nacional, agónica, expirante; esos políticos que no hallan soluciones para los conflictos de orden material, se aprestan á pronunciar sendos discursos, en los cuales no habrá más que una afirmación; la de que no aprobando el Convenio, será España libre, feliz é independiente.»

Sí, tan libre, feliz é independiente como lo fué cuando, merced al Himno de Riego, con un club en cada calle, un cantón en cada barrio, un caciquillo en cada esquina y la mar de gorros fríos por todas partes, no tenía Convenio, ni Concordato, ni frailes, ni curas, ni casamientos, ni entierros; pero, en cambio, disfrutaba de los horrores de Alcoy, de las vergüenzas de Cartagena, del petróleo de Sevilla, de la guerra civil en el Norte, del bandolerismo en el campo, de los barcos abandonados, de la pérdida del crédito, de la fuga de cuantos tenían un real que perder, de la indisciplina y el desorden y de otra porción de gangas á que puso término el puntapié del general Pavía, para evitar que España se despedazase.

Aquello, aquello sí que era una España libre... con asesinatos é incendios; feliz... con un motín á cada hora, tiros en los poblados, inseguridad en los campos y sustos, congojas y tribulaciones al acos-

tarse, al levantarse, al comer, al beber, al dormir y durante la noche y por el día; é independiente... con la independencia absoluta de las kábilas que no reconocen rey ni Roque, pero sí los efectos de la espingarda del vecino, siempre dispuesta á herir, á despojar ó á matar.

¡Libre, feliz é independiente!... Pues si aquello fué libertad, felicidad é independencia, queremos tiranía, desdicha y esclavitud, para vivir siquiera, cosa que ya resultaba imposible en la época á que nos referimos.

Otro párrafo de *La Correspondencia*:

«Los que ayer permanecieron mudos en el Parlamento ante cuestiones de decoro patrio, atronarán mañana el salón de sesiones entonando himnos á la libertad, á esa libertad que pretende cohibir el derecho ajeno; las plumas que huelgan ante temas de verdadero interés patrio, llenarán centenares de cuartillas acomodadas al intelecto callejero... y mientras tanto esos mismos seres callejeros, que serán felices sin frailes, continuarán viviendo su eterna vida de hambres y de esclavitudes y de miserias, sin comprender que es para ellos más urgente redimirse de las miserias, del hambre y de la esclavitud, que hacer el juego á quienes emplean el anticlericalismo como pendón de guerra para escalar el poder.»

Como que lo del Concordato... etc. etc., es la condición impuesta por algunos conocidísimos y elocuentes diputados republicanos para aceptar una cartera en el Ministerio liberal; dicho por quien tiene motivos para saberlo, no es, no, que lo pida el pueblo, lo que el pueblo quiere es que se gobiernen mejor sus intereses, que se atienda á sus verdaderas necesidades, pues no parece sino que el poder ha sido escalado por unos cuantos ineptos atentos solo á sus ambiciones personales. ¡Es una vergüenza lo que en España viene sucediendo de algun tiempo á esta parte, y es al mismo tiempo una prueba concluyente que no puede haber buen gobierno. allí donde se olvidan los principios religiosos.

Obreros, ¿aún no os rendís á la evidencia?

HONOR MERECIDO

La Academia de Ciencias Morales y Políticas ha dado el premio de honor, de valor de 15.000 francos, al Hermano Jean Paúl, superior del «Asilo de jóvenes enfermos y pobres», de París.

Fundado este establecimiento en 1858, en él son recibidos los niños enfermos desde los cinco años, y cuando llegan á los veinte son colocados. Los que son tan desgraciados que no pueden trabajar fuera, quedan en el Asilo, y los hermanos saben utilizarlos en el servicio que les convenga; talleres, profesorado, etc. Muchos de estos jóvenes, en efecto, han adquirido sus títulos académicos y ayudan en la educación á sus hermanos en infortunio.

MUY BIEN

Los Hermanos Maristas expulsados de Francia, fueron llamados y muy bien recibidos por el Em-

perador de Alemania, que les ofreció asilo, protección y personalmente se ha ocupado en instalarlos en Alsacia.

La prensa alemana aplaude á su soberano por la adquisición de esos religiosos, excelentes propagadores de la doctrina católica y de la moral cristiana.

LA VERDADERA LIBERTAD DEL PROFESORADO

El magnífico colegio que tienen los Padres de la Compañía de Jesús en Fordhan (Nueva York) ha sido elevado á la categoría de Universidad, habiéndose añadido las Facultades de Medicina y Derecho.

Así se practican en la gran República las libertades del profesorado.

La laicización de España se pretende llevar hasta el lenguaje. La tontería de ciertos escritores laicomodernistas está deliciosamente ridiculizada por el festivo Melitón González en los siguientes versos:

SIN «SAN»

Sigo leyendo en la prensa:

«Noticias de *Petersburgo*,»

así, suprimido el «San»

sin que haya motivo alguno.

Siguiendo el mismo sistema

puedo escribir: «A don Rufo

Cho, el doctor *Tos Chez*,

ayer mañana, dispuso

que le aplicase el *grador*

seis *guijuelas* en el muslo,

y, á más de tomar *guinaria*,

que, pasado el mes de junio,

vaya á *Toña* ó á *Tander*,

Sebastián, *Lúcar* ó *Lugo*.

«El Amigo del Pobre»

Siendo el fin principal de nuestra publicación dar al obrero lectura sana á la vez que recreativa, instruyéndole de paso en sus deberes de católico y de ciudadano, al celo de las buenas almas por el bien de las clases populares nos encomendamos suplicándoles su ayuda, moral y material.

Precios de suscripción

200 números al mes ó sean 100 cada quincena, que el suscriptor puede repartir por su cuenta. 7 pts. al mes
 100 núms. (50 por quincena).. 4 » al »
 50 » (25 » »).. 2 » al »
 24 » (12 » »).. 1 » al »
 10 » (5 » »).. 0'50 al »

La correspondencia al Director, calle de S. Francisco de Paula.

Los encargos y suscripciones de la localidad en el comercio «La Epoca», San Bernardo, 23.

En Madrid, Librería de D. Enrique Hernández, Paz, 6.

Agradeceríamos mucho á nuestros favorecedores efectuasen los pagos por adelantado.

Imp. de EL POPULAR